

PUEBLOS
INDÍGENAS
de Venezuela

Pumé | Kuiva



El reino de los espíritus

La creencia en la vida después de la muerte estuvo fuertemente arraigada en la cosmogonía religiosa de los pumé. En los últimos años han dejado a un lado la adoración a los dioses y la práctica de muchas ceremonias

Fernando Arellano, S. J. en *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica. Cultura de las Naciones Indígenas Venezolanas*, refiere que los pumé conocen que el universo no puede subsistir por sí, pero dividen el cuidado y la creación entre muchos dioses.

“Llaman a uno Andę-khořomé, el Dios del cielo. Dabú-khořomé es el Dios de la tierra, Ýurí-khořomé, el Dios de las selvas, Ĉírí-khořomé, el Dios de los prados, Uí-khořomé, el Dios de las aguas y de los ríos”, expone. Sin embargo, los pumé no rinden culto a las divinidades, ni existen templos. El rito religioso más importante es el baile o tonhé.

Arellano señala, citando a otros autores, que los pumé creían en la vida después de la muerte y “aunque no sin fábulas, conocían un lugar al que van las ánimas desligadas del cuerpo. A los malos, decían ellos, está destinado un sitio donde no comen más que frutas acerbas y salvajes. Más para los buenos está preparado otro en el que encuentran alimentos excelentes y exquisitos... También creían en la existencia del demonio (...) lo llamaban Ýuané”.

Arellano señala que los pumé creían en otra vida más allá de la muerte

Los más ancianos son sabios conocedores de las cualidades de los espíritus



Dioses y espíritus pumé

En cuanto a la cosmogonía pumé y al nombre de dioses y espíritus existen diferencias entre los investigadores, quienes los describen y nombran de una u otra manera. Sin embargo, con el progreso de las investigaciones se está llegando a un mayor consenso.

Hugo Muñoz Obregón y Cleto Castillo, autores con aportes recientes, describen el cielo pumé como un lugar idílico donde la caza es abundante, no hay enfermedades y la vida es feliz. Es el lugar donde habitan los dioses, los espíritus y los muertos, y su temperatura es muy fría. Los dioses viven en la parte baja. Mientras que los muertos viven en la parte alta.

El cielo lo comparten varios espíritus: la reina Kumañí, la creadora, vive en el oeste; la India Rosa en el este, Poaná en el sur e Ichíai al norte.

La creación de la tierra estuvo a cargo de los dioses Poaná e Ichíai. Ellos, por iniciativa de Kumañí, crearon las plantas, los animales y los hombres. Poaná creó primero la naturaleza, después por

intermedio de Hachava enseñó a los hombres a pescar, a cazar y a cultivar la tierra.

“Ichíai creo el agua de los ríos. Es el rey de las tinieblas de la tierra y de los espíritus malignos: los yaryká”, indican.

Pedro Orlando Durán señala que “los antiguos decían que fue la Kumañí la que hizo despertar al mundo para que hubiera el sol y el día”.

Además de los espíritus que habitan en el cielo, hay otros, muy numerosos, que residen en la tierra. Enandiöreme es el espíritu dueño de la sabana que gobierna a animales y plantas. Los espíritus del monte señorean sobre los bosques ribereños y su amo es Uakarí, mientras que los espíritus de Eterimé dominan los caños, las lagunas y los ríos, así como los animales de las aguas. Por su parte, Ichíai domina a los espíritus guardianes de la naturaleza.

La profesora Margredel Guerrero Guanipa sostiene en una investigación sobre la literatura pumé y kuiva y su

utilización en la escuela inicial, que “las tradiciones de los yaruro y cuibas son muy antiguas.

En ellas sobresalen las referidas a la creación de los seres humanos, su estructura social y la formación de las tribus”. Cita a Rafael Strauss, otro investigador, quien indica lo siguiente al referirse a los pumé:

“Se consideraban descendientes de las estrellas, Kumá es la diosa madre y espera a los yaruro en su tierra; fue quien creó a los seres humanos, ayudada por sus dos hermanos, el jaguar Ichíai y la serpiente Poaná, lo que refleja su estructura social en “mitades”... y las tribus yaruros se constituyen luego en un periodo de matrimonios entre hermanos... Hachawa, hijo de Kuma, fue héroe cultural de los yaruro... les dio el arco, la flecha y muchas otras cosas. Kiberó, es un espíritu maligno femenino”.

Además de los espíritus que habitan en el cielo, hay otros, muy numerosos, que residen en la tierra

El universo creativo

A través de relatos, cuentos, canciones, mitos y leyendas, los pumé han recreado todo un universo imaginativo en el que recogen su pasado, su historia y sus creencias. En estos relatos orales aparecen sus dioses, la naturaleza, los animales, la familia y la comunidad.

La investigadora Margredel Guerrero Guanipa, autora de un trabajo de postgrado sobre la literatura pumé y kuiva y su utilización en la educación inicial, señala que a través de sus narraciones orales van transmitiendo a las nuevas generaciones los elementos básicos de su cultura. Elaboran relatos hermosos, con profusión de imágenes que están ligadas a su mundo familiar y a su espiritualidad.

Con respecto a los pumé escribe lo siguiente:

“Los yaruro tienen creencias y mitos que ayudan a descifrar su pasado histórico-cultural. Su literatura habla de la naturaleza y está muy arraigada a su religión. Ellos tienen leyendas muy antiguas con muchos siglos de correr oralmente. Y su lengua contiene muchas palabras compuestas de carácter descriptivo, creativas, que según dice Esteban Emilio Mosonyi; cada una de ellas es un poema”.

El catálogo creativo pumé incluye canciones, cuentos, leyendas y mitos. Una gran parte de este muestrario ha sido recopilado y editado en libros. Jorge Díaz Pozo, Hugo Obregón Muñoz, Cleto Castillo y Esteban Emilio Mosonyi han trabajado en este campo de la literatura pumé.

Entre los cuentos y relatos, leyendas y mitos figuran “El sapo creó el fuego”, “El araguato”, “El sapo sale en invierno”, “El diluvio, el fuego y el caballo”, “Kativay y la desaparición de los niños”, “Kumañí, la diosa del pulgar preñado y el parto”, “Hachava y el espíritu de los confines de la tierra”, y otros.

En la mayoría de las comunidades, la cultura oral pumé se transmite a través de los ancianos o de los músicos o shamanes. Ellos son a la vez memoria y fuente de divulgación.

Las nuevas generaciones

Los niños pumé asisten a escuelas con un programa de estudio muy similar al aplicado en los centros educativos rurales, según la investigación realizada en el año 2000 por María Ramírez. Para ese entonces los programas de estudio no se adaptaban a las características de la cultura pumé, por lo que la labor de los ancianos era y sigue siendo sumamente importante para transmitir a las nuevas generaciones los elementos más distintivos de la literatura oral propia de este pueblo. El legado de los más longevos es la principal alternativa para evitar que los pumé desfallezcan definitivamente ante el proceso de aculturación.

El catálogo creativo pumé incluye canciones, cuentos, leyendas y mitos

La guerra de Yarüká contra los dioses pumé



En aquellos días el sol era de ojos de lagartos. La luna era un tejido de cabellos de niña del conuco. Los dioses pumé estaban lejanos. En un abrir y cerrar de manos, con el soplo en los labios, las divinidades estaban de nuestro lado en los espejos maravillosos del agua y la tierra infinita sin montañas ni mares que la acosaran.

Los pumé eran a modo de las estrellas, entre los árboles de hojas brillantes. Igual que los mismos señores y señoras de los poderes celestiales, que nos llamaban por nuestros nombres y nos daban a guardar todos sus tesoros.

Los pumé celebraban entre las piedras luminosas, los pastizales y los resplandecientes ríos serpientes de la llanura. La gente iba a otras tierras en los días que se iba el verano. Con el paso de los venados y conejos se asomaban los días de lluvia y era necesario buscar la tierra más alta.

Para los dioses la tierra no tenía linderos. Como hasta allá, era de grande la tierra. Hasta donde los sueños llegan, con la misma mirada de los antepasados.

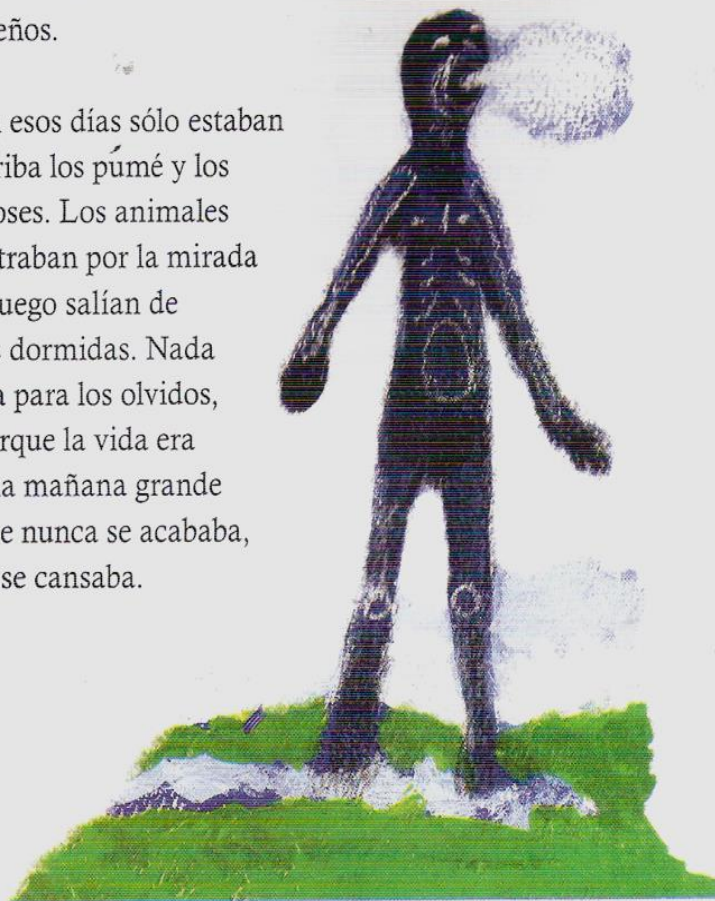
Se hallaban los tiempos de cuando el mundo estaba sobre un pozo de agua, que cabía solamente en las manos juntas y generosas de los dioses de los memorables y venerados pumé.

Los caballos galopaban por la sabana entre la mirada y el canto. Llegaba la lluvia. Los ríos crecían con el resoplido de los truenos y relámpagos.

Todo era armonía. Nadie se enfermaba. La música y los cantos celebraban a los dioses. El mal no existía. La cosecha era abundante. Los shamanes se iban entre el humo y las fragancias hasta donde están los dioses y regresaban a la medianoche, con sus manos llenas de poderes y milagros.

La yuca y el maíz se servían sobre hojas verdes. Todas las comidas alcanzaban para llevar a los hermanos de otras esferas, que están al otro lado de los sueños.

En esos días sólo estaban arriba los pumé y los dioses. Los animales entraban por la mirada y luego salían de las dormidas. Nada era para los olvidos, porque la vida era una mañana grande que nunca se acababa, ni se cansaba.



En busca de las huellas

De repente en ese esplendor apareció Ŷarüká, un dios maligno que sabía muy bien que por esos caminos de la llanura andaban los dioses de visita. Acompañaban a la gente buena pumé, a quienes agradecían sus cantos, sus bailes y sus oraciones que llegaban a todas las jerarquías de los cielos, en los días de siempre.

Ŷarüká en su maldad no encontraba las huellas en el camino para perseguir a los seres supremos de esas tierras abiertas y de soles intensos.

Ŷarüká tenía la lengua amarga como si comiera animales muertos y podridos. La mirada era de llamarada de vaca muerta. Por las orejas y las nalgas le salía humo y chispas del fuego de la madera mojada.

Ŷarüká quería la guerra contra las divinidades altísimas de Ĉirí-khořomé, diosa de la llanura; Andę-khořomé, dios del cielo; Dabú-khořomé, dios de la tierra; Uí-khořomé, dios de las aguas; Ŷurí-khořomé, dios de la selva.

Los dioses mostraban muchas flores en sus hombros y brazos, donde se asomaban piedras y metales, junto a todo el resplandor en los tiempos de verano.

Ŷarüká sabía muy bien que él sólo, junto a su vanidad, no ganaría la guerra. Buscó los arcos de Ŷuané, demonio o espíritu masculino del mal, y Kiberó, espíritu femenino maligno.

Ŷuané, Ŷarüká y Kiberó pedían dominar las tierras aun lejanas. Ser los dueños de las aguas ocultas que sostiene a los árboles y las nubes. Que todos los pumé fueran sus esclavos.

Ĉirí-khořomé le encomendó a una iguana que hiciera un viaje a las tierras pumé y les llevara yuca, maíz y animales.

—Puedes ir en ese caballo de siete colores, que nació bajo el arco iris. —Dijo la diosa de la llanura, Ĉirí-khořomé, a la iguana.

La iguana viajó esa noche por esos ríos. Parece que volaba. Parece que caminaba veloz sobre las aguas. El caballo la seguía.

Ŷarüká, Kiberó y Ŷuané escucharon la voz de Ĉirí-khořomé y con unos palos esperaron a la iguana, a la que mataron en el paso de unos troncos secos y le quitaron la yuca, el maíz y la carne de cacería para los hijos pumé de la tierra grande.

Andę-khořomé, dios de todos los cielos, vio que los espíritus malignos mataron a la iguana. Con sus manos invisibles agarró el caballo de los siete colores y le puso el sol en sus patas, el agua en sus crines, las flores y la comida a los lados y le dijo que viajara de noche, que los pumé esperaban en unos huecos debajo de la tierra.

El caballo fue esperado al paso del río, lo robaron y su cuerpo destrozaron, por lo que

III

Les quitaron los poderes mágicos

su sangre y sus huesos se fueron por los ríos que desde entonces se convierten en fieras con hambre y destrozan lo que se encuentran. Es el miedo del caballo el que aparece por las noches.

Dabú-khořomé, dios de la tierra, le dijo a Uí-khořomé, dios de las aguas, que era mejor que los pumé aprendieran a reconocer el vuelo de los pájaros que llevarían la yuca en sus gargantas.

—Debemos mandar tormentas contra los demonios —dijo Dabú-khořomé.

—Vamos a la llanura a buscar el caballo de los siete colores —pidió Ŷurí-khořomé, la diosa de la selva.

—Si los pumé montan en sus caballos y amarran a Ŷuané, Ŷarüká y Kiberó, pueden llevarlos hasta los abismos y dejarlos en esas tinieblas —dijo la diosa Ćirí-khořomé.

Ande-khořomé bajó esa tarde a la tierra y esperó la llegada de la luna entre los pozos y las ramas. Llevó caballos a los pumé. Esa misma noche la gente buena montó sobre los caballos y buscó a los espíritus malignos que se hicieron los muertos a la orilla de cenizas y lagartos fallecidos.

Cuando llegaron los pumé, los caballos fueron dominados por los demonios agresivos y cobardes de Ŷuané, Ŷarüká y Kiberó. Desde entonces, los pumé no montan a caballo.

Cuando Ande-khořomé llegó a la tierra, la iguana que se había convertido en mariposa fue al encuentro del dios de los cielos y le dijo que tenía miedo.

Fue en esos días cuando los espíritus malos se multiplicaban y, sobre caballos, con el fuego en sus manos, dividieron la tierra, las aguas, los bosques, las frutas, los caminos y les quitaron a los pumé todos sus poderes mágicos.

Ŷurí-khořomé les pidió a los pumé que vinieran con ella a la selva. La iguana se quedó a la orilla de los ríos, entre las piedras, entre los árboles resacos y sin frutas, para avisar cuando vinieran los demonios.

La iguana se convirtió en la mensajera de los dioses y los pumé. Ella caminaba veloz sobre las aguas, no dejaba huellas y no delataba el lugar donde Ćirí-khořomé se reunía con la gente buena que, al llegar los días largos de lluvia, buscaba refugio en las zonas más altas y no se dejaba llevar por las aguas atormentadas por el cruel Ŷarüká y sus sombras: Ŷuané y Kiberó.

—Volveré a la tierra a dar el pan a los pumé —dijo Ande-khořomé.

–Los han sacado de sus tierras bendecidas
–respondió Dabú-khořomé.

–Han debido nacer guerreros –sentenció
Uí-khořomé.

–De ellos es la inocencia –reveló
Ŷurí-khořomé.

Pasaron los siglos y los pumé se hicieron dueños de la soledad de las montañas y no se dieron en sonrisas con gente extraña, porque allí estaba al acecho Kiberó que mandó matar a los caimanes, a las iguanas y a los cocodrilos, que eran los guardianes de las aguas.

–¿Quién ha visto el rostro de Ŷarüká?
–preguntó Ŷurí-khořomé a la diosa
Ĉirí-khořomé.

–Dicen que colocan ramas, telas y metales en sus rostros para ocultarse –respondió
Andę-khořomé.

–Han destruido nuestra mirada en la tierra y debemos pedir a los pumé que regresen al paraíso –dijo Uí-khořomé y se levantó del suelo, donde estaba sentado, para lanzar relámpagos y quemar los árboles, donde estaban escondidos Ŷuané, con sus venenos; Ŷarüká, con sus metales afilados; y Kiberó con la pólvora entre la madera y el metal.

Los espíritus de la maldad no dormían jamás en la noche. Andaban durante el día cerca de las aguas y se alimentaban con la carne podrida de los animales muertos.

–Los pumé nos tienen miedo –dijo Ŷarüká.

–Vomitan caimanes cuando lloran
–dijo Ŷuané.

–Debemos destruirlos para siempre
–recomendó Kiberó.

En las esferas de los cielos todo cuanto se sueña y se piensa en la tierra ancha y lejana de la iguana y los pumé, se escucha con voz clara.

–Debemos llegar al amanecer y, con estos rayos de luz, dejar ciegos a los demonios
–dijo Andę-khořomé.

Los espíritus de la oscuridad también escuchaban a los dioses y se pusieron en alerta.

–La iguana debe ir al cielo a traer el fuego sagrado –escribió Ĉirí-khořomé.

–Yo iré con la iguana
–propuso Ŷurí-khořomé.

Al pasar los días de lluvia, los dioses vinieron a la tierra y se metieron en los ojos de los pájaros para ver donde estaban escondidos los demonios.

–Se han ido, tienen miedo –dijo Uí-khořomé.

–Deben estar debajo de las piedras, entre las cenizas o la última casa de las sombras
–comentó Andę-khořomé.

En la travesía de los tiempos de luna llena y muchos soles detrás de las nubes las selvas se incendiaban, los pájaros aparecían muertos, las casas eran destruidas por el viento, la gente pumé debía huir sin pertenencias. De nuevo esa parentela estaba acosada por Ŷarüká.

Los dioses celestiales que estaban en los ojos de los pájaros también fueron vencidos.

Una mañana los pumé hicieron un círculo. Piedra con piedra. Hombro con hombro. Pies con pies. Árbol con árbol. Iguana con iguana. En ese aliento circular aparecieron sobre el fuego y la danza los dioses Ĉirí-khořomé, Andę-khořomé, Dabú-khořomé, Uí-khořomé y Ŷurí-khořomé, que levantaron de nuevo el vuelo de los pájaros y el sol se quedó entre ellos, como el canto a los shamanes.

Los pumé se hicieron una nación. Siguieron en la fuerza de no destruir jamás el círculo para que Ŷarüká y sus demonios no pasaran contra ellos.

—Aquel caballo de los siete colores es el que lleva a los pumé hacia las cortes de la felicidad —mostró con sus manos en alto la diosa de las llanuras: Ĉirí-khořomé

La iguana se ha convertido en pájaro y plumas, con las que se adornan quienes están en las esferas de la tierra lejana en luz y sabiduría.

La guerra pumé de los dioses dejó entre las tinieblas las cenizas del sonámbulo y sanguinario Ŷarüká.

—Ŷuané y Kiberó se convirtieron en el excremento de los monstruos que se han negado a morir en las oscuridades —dijo Andę-khořomé.

Dicen algunos antepasados de muchas edades en el recuerdo y la memoria de los tiempos, que esas noches cuando hay eclipse es porque los dioses y el mismo Ŷarüká se persiguen, los unos a los otros. Y en horas Andę-khořomé vuelve a tomar el dominio en sus círculos, con el apoyo de los pájaros y animales del monte.

Los pumé construyeron sus arcos y flechas para vencer a los que aún duermen en las tinieblas.

Aquella tierra que cabe en las manos de los dioses, aún está allí. Esa tierra tiene sed. Los pumé llevarán agua que ha sido custodiada por la iguana para dar de beber al sol que llega lento entre las miradas vivarachas de los lagartos.

Yarüká aún pasea por esa lejanía y se convierte en rabetas cuando los dioses pumé construyen círculos en la tierra sagrada de la llanura.

La luna, que aún teje sus cabellos como la niña que ayuda a arrancar la yuca en el conuco, escucha otras historias de cuando los pumé se negaban a montar en el caballo de los siete colores.



